

La oración de Jacob cuando se iba a encontrar con su hermano Esaú

Gén. 32:9-12

Por *Julio César Benítez*

juliobenitez@caractercristiano.org

Y dijo Jacob: Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, Jehová, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien; menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos.

Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo; no venga acaso y me hiera la madre con los hijos. Y tú has dicho: Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar,^(A) que no se puede contar por la multitud.

Y durmió allí aquella noche, y tomó de lo que le vino a la mano un presente para su hermano Esaú:

Jacob ha estado trabajando muchos años para su suegro Labán, quien le engañó con el asunto de sus hijas y le cambió varias veces el salario de su trabajo.

Ahora Jacob considera que es tiempo de volver a la tierra que Jehová le había prometido a sus padres, y toma a toda su familia, sus siervos y sus ganados y de manera sigilosa sale huyendo de su particular suegro.

Previendo que tendrá un encuentro álgido con su hermano Esaú, quien no tendría gratos recuerdos de Jacob por haberse aprovechado de su hambre para comprarle la primogenitura y haber engañado a Isaac haciéndose pasar por el primogénito para recibir la bendición patriarcal, suplantando a Esaú; encontrándose Jacob en esta situación de temor e incertidumbre envía mensajeros de paz a su hermano Esaú, los cuales regresan con un mensaje ambiguo intranquilizando mas a Jacob, pues, su hermano viene a recibirlo con más de 400 hombres. ¿Por qué con tantos hombres? ¿Querrá vengarse de mí matando a mi familia y tomando todos mis bienes?

Es un momento de gran temor para Jacob. Hay grandes amenazas que se ciernen contra él y su familia.

Es entonces cuando hace la oración que analizaremos a continuación.

Esta oración podemos estructurarla de la siguiente manera:

1. La oración se dirige al Dios de los padres, al Dios del pacto. V. 9^a
2. La oración recuerda las promesas del Dios del pacto. V. 9b
3. La oración es hecha con humildad. V 10
4. La oración tiene una petición. V. 11
5. La oración apela a la Palabra de Dios y trae consolación. V. 12

1. La oración se dirige al Dios de los padres, al Dios del pacto. V 9 a

“Y dijo Jacob: Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi Padre Isaac...”

Jacob se dirige al Dios verdadero que ha establecido un pacto con sus padres. Empieza mencionando a Abraham porque a él el Señor le hizo primero la promesa, diciéndole *“Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos”* (Gén. 17:9). Así que la petición que luego elevará Jacob está firmemente anclada en ese pacto que Dios hizo con sus antepasados, lo cual fortalece la fe de Jacob.

Constantemente el Señor hablará a su pueblo, dirigiéndose como el Dios de Abraham y el Dios de Isaac, recordando con esto que sus bendiciones están aseguradas por el pacto que hizo con estos patriarcas.

2. La oración recuerda las promesas del Dios del pacto. 9 b

“Jehová que me dijiste: Vuélvete a tu tierra, y a tu parentela, y yo te haré bien”

Jacob está sumamente angustiado, la muerte se cierne sobre él, su familia y sus siervos. Sus fuerzas se han debilitado, pero él recuerda las promesas que el gran Señor de la historia hizo a sus antepasados. No hay consuelo más grande en medio de la tribulación más angustiada que recordar las poderosas promesas del Señor. Ellas con son como el viento fresco de la montaña que baja y refresca el sofocante calor del valle tropical.

Es poco lo que Jacob puede hacer para ablandar el corazón de su hermano y conducirlo a misericordia, pero este poco esfuerzo bañado con la gracia de Dios a

través de una oración suplicante, es más poderoso que cualquier plan dependiente de la astucia o el poder humanos.

El Señor le ha prometido hacerle bien, a él y a su descendencia. Esto es lo que motiva al patriarca a orar con plena certidumbre de fe.

3. La oración es hecha con humildad. V. 10

“menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo”

Evidentemente los patriarcas enseñaron a sus hijos, a sus esposas y sirvientes la soberanía y la grandeza majestuosa de Dios, frente a la debilidad e insignificancia humana. Jacob aprendió en el seno del hogar, bajo el sacerdocio de su padre Isaac, que nuestra condición humana es de debilidad y rebeldía contra Dios. Toda bendición que nos llegue del Trono celestial, será solo por gracia.

Es así como Jacob ora reconociendo que él no es digno de recibir ninguna de las múltiples bendiciones que el Señor le ha dado en el transcurrir de su historia. *“menor soy que todas las misericordias”*, es decir, soy más pequeño que cualquiera de ellas.

El orgullo espiritual y la prepotencia al acercarnos al Trono de la gracia acarrearán la ira y el desprecio del Señor. La parábola del Fariseo y el Publicano nos muestran el desprecio que Jesús hace de las oraciones llenas de declaraciones orgullosas y altivas delante del Soberano. El fariseo oraba parado y confiado en sus bondades y aparente vida de piedad, mientras que el publicano no se atrevía a levantar sus ojos, sino que hincado suplicaba al Señor misericordia para con él, reconociendo sus pecados (Lucas 18:10-14). Jesús dice que el publicano regresó justificado a su casa. Su oración había sido escuchada por el Dios que ama al corazón humillado (2 Cro. 2:7)

La oración de Jacob está fundamentada en el pacto que Dios hizo con Abraham, un pacto seguro, pues Dios cumple su palabra, Él no es hijo de hombre para mentir (Núm. 23:19), pero Jacob recurre al pacto con humildad. Él no exige a Dios el cumplimiento del pacto, pues reconoce que su debilidad humana, a causa del pecado, lo hace inmerecedor de recibir algún bien de la mano providente del Señor. Toda bendición recibida a través del Pacto, será solo por gracia, sin mediar

ningún mérito nuestro. Acudimos al Señor del Pacto suplicantes por su misericordia, solo por los méritos de nuestro perfecto salvador.

4. La oración tiene una petición. V. 11

“Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo.”

Jacob, siendo un hombre, experimenta el temor. Tiene miedo de lo que pueda suceder.

Los santos en la Biblia no ocultan su temor ante las circunstancias difíciles, sino que la expresan delante del Señor. Él es el mejor ayudador y solo él nos puede decir con total seguridad *“no temas, porque yo estoy contigo; no desmayes porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”* (Is. 41:10).

La petición de Jacob es clara, *“líbrame de mi hermano”*. Él no le indica a Dios de qué manera quiere ser librado, no le pide que lo destruya, solo que lo libre de sus posibles intenciones malvadas.

Luego vemos que la respuesta llegó muy pronto. El corazón de Esaú fue aplacado por el Señor y recibió con gran afecto a su hermano Jacob (Gén. Cap. 33).

5. La oración apela a la Palabra de Dios y trae consolación. V. 12

“Y tú has dicho: yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar... y durmió allí aquella noche”

Al final de la oración, Jacob vuelve a recordar las Palabras del Señor. Dios no necesita que le recordemos lo que él ha dicho, porque él no olvida como nosotros. (Deu. 4:31). Sus promesas siempre están presentes delante de él. Entonces ¿Porqué Jacob tiene que recordarle al Señor lo que ha prometido? Lo hace por él mismo, para su propio bien. Nuestra fe y confianza en el Señor se alimentan al recordarnos a nosotros mismos lo que él ha prometido. Esto nos lleva a mayor confianza y dependencia delante del Señor.

La oración es un ejercicio que favorece mayormente al hombre, no a Dios. A través de la oración no informamos a Dios de las cosas o necesidades que tenemos, pues él las conoce desde antes que estén en nuestra boca. ()

Jacob termina la oración recordando las Palabras del Señor, para dar mayor confianza a su alma, y así poder descansar en promesas seguras.

Aplicaciones:

- Todas nuestras oraciones deben ser hechas con fe. No importa si la situación por la cual oramos sea tan difícil como el correr peligro de muerte, pero esta fe no es resultado de un esfuerzo de concentración o emoción humana, sino de conocer la Palabra de Dios y las promesas seguras que él nos hace por el evangelio. El apóstol Pablo dijo que la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios (Rom. 10:17).
- En el Nuevo Pacto no oramos a Dios en el nombre de Abraham, porque ahora tenemos un mejor pacto (Heb. 8:6), ahora tenemos un nombre que es sobre todo nombre. Jesús es el mediador del nuevo pacto, bajo el cual los creyentes disfrutamos las bendiciones de la gracia. Por eso ahora, al dirigirnos a Dios en oración, lo hacemos en el nombre de Jesucristo, quien es la garantía del cumplimiento del pacto. Cuan seguras son nuestras oraciones cuando las hacemos conforme a la Palabra de Dios y en el nombre, no de Abraham, sino de Jesús, el sacerdote que entró a la misma presencia de Dios para interceder por nosotros. (Heb. 8:1)
- “La mejor oración viene de una fuerte necesidad interna. Muchas veces nos protegemos de una vida dinámica de oración con los sistemas de seguridad humana. ¿Por qué nos hacemos este mal?¹
- Así como Jacob tenía grandes promesas a las cuales aferrarse a través de la oración, los cristianos podemos orar con plena certidumbre de fe porque hemos recibido poderosas promesas de nuestro gran redentor, pero es necesario conocerlas. Es nuestro deber estudiar las Sagradas Escrituras.
- La mejor oración es la que se hace con verdadera humildad, reconociendo que todas las bendiciones que recibimos del Señor son inmerecidas. Insisto en que debemos expulsar de nuestro lenguaje frases o declaraciones que solo son resultado de un orgullo espiritual: “Reclamo, declaro, ordeno”.
- El temor debe ser un estímulo para que oremos y expongamos nuestra causa ante el Trono de la Gracia. Los hijos tenemos la suficiente confianza con nuestro bondadoso Padre para expresarle nuestro temor y nuestro miedo.

¹ MacDonald, William. Comentario Bíblico. Clie, pág.

- Muchas veces los cristianos vamos a enfrentarnos con personas que quieren hacernos daño para evitar que sigamos dando testimonio de Jesús. Podemos orar por todos estos hermanos que están siendo acechados por hombre perversos, así como pidió oración el apóstol Pablo: *“Por lo demás hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe”* (2 Tes. 3:1-2).

Recordar las promesas del Señor, dadas a través de su Palabra escrita, trae consolación a nuestra alma. Si hemos pecado y acudimos al Señor con verdadero arrepentimiento, tenemos la seguridad que él nos perdona, porque su Palabra dice: *“si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”* 1 Juan 1:9